

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES



Raymond Carr  
Historia de España

Raymond Carr, ed.  
Historia  
de España

TRADUCCIÓN DE JOSÉ LUIS GIL ARISTU

*ediciones península*

Título original: *Spain: A History*

© Oxford University Press, 2000

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: febrero de 2001

Primera edición en este formato: febrero de 2014

© de la traducción del inglés: José Luis Gil Aristu, 2001

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014

Ediciones Península

Pedro i Pons 9, 11<sup>a</sup> pta 08034 – Barcelona

[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)

[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

VÍCTOR IGUAL · FOTOCOMPOSICIÓN

BOOK PRINT DIGITAL · IMPRESIÓN

DEPÓSITO LEGAL: B. 230-2014

ISBN: 978-84-9942-290-9

## CONTENIDO

Introducción	7
RAYMOND CARR	
1. España prehistórica y romana	21
A. T. FEAR	
2. España visigótica, 409-711	49
ROGER COLLINS	
3. La alta Edad Media, 700-1250	71
RICHARD FLETCHER	
4. La baja Edad Media, 1250-1500	97
ANGUS MACKAY	
5. El imperio improbable	119
FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO	
6. Vicisitudes de una potencia mundial, 1500-1700	155
HENRY KAMEN	
7. Flujo y reflujo, 1700-1833	173
RICHARD HERR	
8. Liberalismo y reacción, 1833-1931	209
RAYMOND CARR	

CONTENIDO

9. España desde 1931 hasta hoy	249
SEBASTIAN BALFOUR	
<i>Bibliografía fundamental</i>	293
<i>Cronología</i>	301
<i>Índice onomástico</i>	319

## ESPAÑA PREHISTÓRICA Y ROMANA

*por*

A. T. FEAR

Aunque hoy en día sea casi un tópico, la afirmación de Richard Ford de que España no es un país sino varios podría repetirse con suficientes motivos. La geografía de la Península Ibérica, al igual que la de la Grecia moderna, quiebra el territorio creando regiones distintas y separadas. Por tanto, no es sorprendente que la España antigua nos muestre un mosaico de culturas diversas. El lenguaje refleja a la perfección esa diversidad: en ella se hablaban no menos de cinco idiomas que, por desgracia, siguen desafiando los esfuerzos realizados por traducirlos; de ahí que nuestra información provenga únicamente de fuentes clásicas que parten de poderosos prejuicios (los habitantes de la llanura, por ejemplo, son considerados necesariamente más civilizados que los de la montaña). No disponemos de otros materiales con que interpretar nuestros datos arqueológicos y, aunque esas fuentes sean, pues, inestimables, es también importante recordar que con ellas vemos la antigua Iberia de manera imperfecta, a través de un cristal.

La historia humana comenzó en la Península muy pronto. Cerca de Burgos han sido desenterrados los huesos de uno de los primeros antepasados del ser humano, el *Homo ancestor*, que vivió hace 800.000 años; y el hombre de Neanderthal (c. 60.000 a.C.) podría haber sido bautizado con justicia «La Mujer de Gibraltar», pues el Peñón fue el lugar donde se hallaron los primeros neanderthales. En el Paleolítico superior (Edad de Piedra antigua tardía), Cantabria y Asturias formaban parte de la cultura Magdaleniense (c. 16.000 a.C.), que nos legó unas espectaculares pinturas rupestres. Las mejor conocidas son las que se descubrirían en Altamira,

cerca de Santander. Las pinturas son reproducciones realistas de animales comestibles. No sólo están pintadas en color, sino que el relieve de la superficie rocosa se utilizó para crear un efecto tridimensional. Se han encontrado pinturas semejantes en el Levante, pero la mayor parte del arte rupestre hallado allí data del Paleolítico medio (c. 10.000 a.C.). Las pinturas levantinas, concentradas en la provincia de Castellón, son más esquemáticas que sus antecesoras del norte y hacen mucho más hincapié en la figura humana. Además de escenas de caza, encontramos imágenes de guerra, grupos de hombres y mujeres danzantes y hasta una ejecución, lo que hace pensar en la aparición de sociedades organizadas.

A partir de c. 3800 a.C., la proliferación de construcciones megalíticas en el norte de Europa afectó también a una gran parte de la Península. Los megalitos ibéricos están distribuidos en herradura, siguiendo una línea que corre a lo largo de las costas atlántica y meridional, pero no aparecen en Levante ni en la Meseta. En su gran mayoría son tumbas y las más espectaculares son las de Antequera, en Andalucía. Su complejidad dio pie a la formulación de teorías según las cuales habrían sido construidas por colonos micénicos llegados de Grecia y no por habitantes naturales de la región. En realidad, la datación por carbono <sup>14</sup> demuestra que las tumbas son considerablemente anteriores al mundo micénico.

En torno al 2600 a.C. aparecieron en Los Millares (Almería) y en el valle del Tajo en Portugal culturas que utilizaban el cobre. A pesar de su complejidad (Los Millares contaba con una conducción de agua tallada en la roca y estaba defendido por tres murallas ciclópeas provistas de bastiones), parecen haberse extinguido en torno al 1800 a.C. y su influencia en creaciones más tardías fue escasa. Lo mismo puede decirse de la posterior cultura agárica de Almería (c. 1700-1400 a.C.), fundamentada en la minería y que causó en el valle del Agar una densidad de población que no sería igualada hasta el siglo XIX, y de la cultura de Motilla, en la Mancha (c. 1600-1300 a.C.), desarrollada en torno a pequeñas torres fortificadas. Lo que condujo a la aparición de una cultura ibérica de larga duración fue la interacción con pueblos llegados de fuera. Esta interacción comenzó en épocas tempranas. Se han encontrado en la Península

fragmentos de cerámica micénica que se remontan al 1200 a.C., aproximadamente, aunque sigue siendo un misterio saber por cuántas manos pasaron tras dejar su lugar de manufactura y cuál fue la regularidad con que llegaron.

En la Antigüedad clásica se dio el nombre de íberos al pueblo más avanzado existente en la Península en periodo histórico y que se podía encontrar a lo largo de las costas del Mediterráneo y del Atlántico meridional. El origen de los íberos es oscuro. Pudieron haber estado emparentados con los bereberes y ser, por tanto, inmigrantes del norte de África, pero la idea predominante hoy en día es que eran nativos peninsulares. Fueran cuales fuesen sus orígenes, los íberos parecen haber hablado dos lenguas relacionadas, aunque distintas, de origen no indoeuropeo y que están todavía por descifrar. El norte y el oeste de la Península eran dominio exclusivo de pueblos celtas, aunque también se encontrarían enclaves celtas en comarcas tan meridionales como el Algarve y Andalucía. Los Pirineos occidentales son una excepción, pues estaban ya ocupados por los vascos. El vasco, como el íbero, es una lengua no indoeuropea, pero los intentos de descifrar el íbero como una forma de protovasco y considerar, por tanto, a los vascos como una «periferia ibérica» no se han sostenido.

En las llanuras de la meseta, entre los celtas y los íberos, encontramos a los celtíberos que hablaban, como los celtas, una lengua indoeuropea y cuyo hijo más famoso es el poeta latino Marcial, natural de Bilibis, la actual Calatayud. Por desgracia, nuestras fuentes clásicas no emplean los etónimos con precisión, pero parece razonable ver en los celtíberos una mezcla de poblaciones íberas y celtas.

También los griegos clásicos se interesaron por España. La ciudad griega de Marsella, colonia a su vez de Focea, fundó en torno al 575 a.C. en Cataluña un asentamiento a modo de dependencia comercial al que se dio el apropiado nombre de Emporion, palabra griega que significa mercado. Emporion, la actual Ampurias, prosperó y fue uno de los principales centros de producción de alfarería griega para la Península. Pronto le siguió otra colonia próxima, Rhode, la actual Rosas. Sin embargo, estos asentamientos marcan el límite de la presencia griega en la Península. Otros supuestos yaci-



mientos griegos han resultado ser en realidad fenicios o, simplemente, hitos para navegantes. La batalla naval de Alalia, en aguas de Sicilia, en torno al 535 a.C., en la que los foceos fueron derrotados por una fuerza conjunta cartaginesa y etrusca, detuvo eficazmente la expansión griega en la zona.

Las manufacturas griegas circularon de hecho por la Península, y Emporion tuvo una función clave en esa actividad comercial. Una inscripción del siglo VI nos muestra los tratos entre un comerciante griego de la ciudad y otro íbero de Saguntum, la actual Sagunto. Sin embargo, la mayoría de los productos griegos llegaban a su destino final a través de intermediarios fenicios, según podemos ver por las inscripciones púnicas encontradas a menudo sobre cerámica griega en España. Un testimonio elocuente del equilibrio de influencias es el hecho de que, en torno al 290 a.C., los griegos de Emporion cambiaran su sistema de pesos y medidas para adoptar la norma cartaginesa.

Entre los pueblos extranjeros, los fenicios fueron quienes ejercieron una influencia más prolongada sobre la cultura ibérica. Su llegada fue anterior a la de los griegos y abarcó un territorio más extenso. Cádiz, cuyo nombre deriva de la palabra fenicia que significa plaza fuerte, reivindicaba un origen que se remontaba al 1100 a.C., aunque los restos arqueológicos retrotraen la historia de la ciudad únicamente al siglo IX a.C. La ciudad fue un modelo para los primeros asentamientos púnicos en España. Su situación, sobre una isla unida actualmente al continente, junto a la desembocadura del río Guadalete, era típica de los emplazamientos preferidos por los fenicios. Pronto le siguieron otros a lo largo de la costa sur del Mediterráneo. Las nuevas fundaciones se establecieron, al igual que Cádiz, sobre promontorios contiguos a desembocaduras fluviales o en islas frente a la costa. Es importante observar que esos asentamientos no invadían el territorio de los pueblos nativos. Aunque anteriormente se pensó que su localización indicaba que las comunidades púnicas eran meros establecimientos comerciales, trabajos arqueológicos más recientes han revelado su carácter de asentamientos permanentes. La profundidad de la influencia fenicia en esta región de España se puede deducir de las observaciones de

Agripa, general del emperador Augusto, quien, al levantar un mapa de la zona a finales del siglo I a.C., comentó que aquella costa tenía un aspecto completamente púnico.

La interacción entre los cartagineses y la población local, que parece haber sido totalmente pacífica, probablemente porque los asentamientos fenicios no tenían ambiciones territoriales, dio lugar a una vigorosa fecundación cruzada de culturas orientales e ibéricas que generaron la llamada cultura tartésica. Tartessos debe su nombre y su aparición en la historia a Heródoto, quien habla de un avistamiento accidental de tierra realizado en torno al 640 a.C. por el foceo Coleo en un reino fabulosamente rico gobernado por un monarca de una vida también milagrosamente longeva llamado Argantonio (el nombre, cuyo probable origen es elocuentemente celta, significa «Hombre de la montaña de plata»). Para los antiguos griegos, Tartessos acabó siendo sinónimo de un El Dorado occidental; y aunque el relato de Heródoto es cierto en algún sentido, sus detalles se han de tomar con cautela. La búsqueda de una ciudad de Tartessos ha resultado infructuosa; a pesar de haberse localizado más de trescientos yacimientos «tartésicos», ninguno de ellos encaja con la descripción de una capital del reino, y en la actualidad «Tartessos» se considera como una mera descripción útil para designar una cultura particular situada en torno a un eje que corría desde Huelva, en la parte baja del valle del río Tinto, hasta Sevilla, en el del Guadalquivir. Sin embargo, en su momento de apogeo, la influencia tartesia se extendía no sólo aguas arriba del Guadalquivir, que constituía una vía natural de comunicación, sino también hasta Extremadura, al otro lado de Sierra Morena, según puede verse por los dioses sepulcrales de oro del cementerio de Aliseda, en la provincia de Cáceres. (En algunos casos se creyó que las referencias del Antiguo Testamento a «Tarsis», destino previsto por Jonás, y a sus naves aludían a Tartessos, pero parece mucho más probable que se refirieran a Tarsos o, incluso a la India, según se pensó en la Antigüedad tardía.)

Sea cual fuere su condición histórica, el nombre de Argantonio alude a la mercancía más buscada por los colonos extranjeros: la plata. A cambio de ella, los fenicios ofrecían a los tartesios aceite y vino. Las ánforas fenicias para estos productos, así como otros ar-

tículos de lujo elaborados con metales preciosos y marfil, son hallazgos corrientes en sus yacimientos. La interacción entre ambas culturas (conocida a menudo como «periodo orientalizante» de la prehistoria de España) no fue meramente comercial; de una a otra, se transmitieron asimismo ideas religiosas. Un idolillo de Astarté en bronce, dedicado por los hermanos fenicios Baalyaton y Abdibaal y hallado en Sevilla, se remonta al siglo VIII a.C. Las espectaculares estatuas funerarias de la Dama de Baza y la Dama de Elche, que datan del periodo medio de la cultura ibérica, en el siglo IV a.C., tuvieron sus antecedentes en las representaciones de la diosa púnica Tanit; podemos ver un ejemplo de ella en una imagen de alabastro entronizada, tallada en el siglo VII pero enterrada en una sepultura ibérica en Galera, en la provincia de Granada, en torno al 530 a.C. Muchas ofrendas votivas encontradas en santuarios situados en cimas de colinas, como los de Sierra Morena, imitan el modelo de los dioses cartagineses de la guerra, Hadad y Reshef. La tumba de Pozo Moro, en la provincia de Albacete, fechada en torno al 500 a.C., con sus complejos relieves mitológicos, muestra también fuertes influencias púnicas. La forma de la tumba es un reflejo de la de las tumbas en torre del Oriente Próximo sirio; y muchas de las características de los relieves, como el «Señor de los animales» y el «Árbol de la vida», tienen también paralelismos en el Próximo Oriente. Los leones rugientes o los lobos que custodian su base llegarían a ser un rasgo común de la escultura ibérica.

Los hallazgos del yacimiento tartesio de El Carambolo, en las afueras de Sevilla, ilustran otro importante legado fenicio: el de la destreza para la metalurgia. El tesoro encontrado en él incluye veintidós joyas de oro de veinticuatro quilates. Estos objetos no son simples fragmentos toscos de metal; su delicada artesanía muestra que los tartesios habían aprendido de sus vecinos las técnicas del trabajo de granulación y filigrana. Otros ejemplos de esa habilidad se pueden ver en los hallazgos de sepulturas situadas aguas arriba del valle del Guadalquivir y en la provincia de Huelva. Joyas igualmente refinadas se han hallado en la periferia de la zona de influencia tartesia, en la provincia de Alicante.

Los fenicios trajeron también consigo la escritura. Por esas fe-

chas hace su aparición una escritura «tartésica» semisilábica basada en el alfabeto fenicio. Es curioso, sin embargo, que la mayoría de las inscripciones de esta escritura indescifrada hasta el momento no aparecen en el corazón del país fenicio sino más lejos, hacia el suroeste, en el Algarve. La mayoría se encuentran sobre estelas sepulcrales ornamentadas, donde enmarcan representaciones de guerreros presentados normalmente con su armamento, incluidos carros. En el margen mismo del área de distribución de las estelas conocidas, en Luna, en la provincia de Zaragoza, una lápida muestra una lira cuyos parecidos más próximos son ciertos instrumentos fenicios. El geógrafo griego Estrabón dice que los turdetanos de Andalucía tenían tradiciones orales que se remontaban a 6.000 años atrás, y aunque se trata claramente de una exageración, su descripción muestra que en esa afirmación hay, tal vez, algo de verdad.

La leyenda de Argantonio ha dado pie a la creencia generalizada de que en la cultura tartésica había un gobernante único. Aparte del relato de Heródoto, algunos fragmentos de lo que parecen ser mitos ibéricos genuinos conservados por el historiador romano tardío Justino sobre los reyes Gárgoris, Habis y Gerión, han reforzado esta creencia. No podemos estar seguros de que sea así, pero la posterior tradición ibérica monárquica hace altamente plausible la hipótesis. La cultura tartésica se desvaneció hacia finales del siglo VI a.C. La razón de su eclipse sigue siendo un misterio, pero su principal consecuencia parece haber sido la diseminación del poder político en unidades mucho menores.

El hundimiento de «Tartessos» parece haber ejercido un poderoso efecto sobre las colonias fenicias, con las que había mantenido una existencia mutuamente beneficiosa. El número de estas colonias disminuyó, pero las que sobrevivieron aumentaron de tamaño. Las supervivientes entraron cada vez más en el ámbito de influencia del asentamiento fenicio más importante del Mediterráneo occidental: Cartago. Según una tradición conservada en los autores tardorromanos Macrobio y Justino, un intento nativo de asaltar Cádiz al mando de un rey llamado Therón (el «hombre fiera») —que pudo ser un signo de la decadencia de Tartessos— acabó en derrota en torno al 550 a.C. con la ayuda de Cartago.

La cultura ibérica sobrevivió al hundimiento de «Tartessos» y, en realidad, floreció, aunque no parece haber conseguido la unidad política. Lo que vemos, en cambio, es una proliferación de ciudades construidas sobre colinas. Su densidad es mayor en el sudeste de la Península, pero se extienden a lo largo de toda la costa mediterránea española y penetran incluso hasta la actual Francia. El caso mejor conocido es el de Ullastret, en Cataluña. Las ciudades se construyeron en posiciones defensivas, fortificadas a menudo poderosamente con construcciones «ciclópeas»; pero, aunque se atienen a un plan ordenado, con calles de casas rectangulares, no parece que albergaran edificios públicos de importancia. Las formas de control político variaban. En general, el poder parece haber estado en manos de reyezuelos, o *reguli*, según la denominación con que se refieren a ellos las fuentes latinas. Pero, al igual que entre los celtas de la Galia, los reyes dieron paso en algunas zonas a elites aristocráticas gobernantes. Tito Livio describe la existencia de una de esas asambleas oligárquicas entre los volcianos en el 218 a.C.

No obstante, la unidad política no debería confundirse con un avance cultural; en realidad, este periodo fue testigo del momento culminante de la cultura ibérica, cuya faceta más llamativa es su escultura. Las piezas más espectaculares, la Dama de Baza y la Dama de Elche, del siglo IV a.C., son de carácter funerario, y ambas estatuas tienen en la parte posterior un nicho para recibir una urna cineraria. En Baza, todo el enterramiento estaba al descubierto, muestra de que se trataba de la tumba de un guerrero. Las esculturas deben de ser, por tanto, de una diosa relacionada, quizá, con la cartaginesa Tanit (la Dama de Baza sostiene una paloma, emblema de esa diosa). Restos fragmentarios de fecha similar y probablemente de una tumba importante, hallados en la provincia de Jaén, representan diversas escenas mitológicas; en muchas de ellas aparecen guerreros que portan una armadura compleja coincidente con descripciones literarias del armamento lusitano. Aunque en estas esculturas hay cierta influencia griega, se trata de algo mínimo. Las teorías difusionistas acerca de un maestro foceo que trabajaba en la zona se pueden refutar, sin más, observando las piezas, pues su estética es casi completamente ibérica. También muestran alguna in-

fluencia púnica: uno de los guerreros fragmentarios lucha con un grifo, un animal del Próximo Oriente, y otro tiene un pomo de espada inspirado en un diseño sirio.

Sin embargo, la mayor parte de las esculturas ibéricas son pequeñas piezas votivas halladas en santuarios que, al igual que los griegos, parecen haber sido intertribales. En ellas se representan animales, guerreros y mujeres. Las estatuas femeninas, como la de la Gran Dama Oferente, tienen vestidos complicados, parecidos a los de las dos Damas mencionadas anteriormente.

El final de la independencia ibérica estuvo marcado por la derrota de Cartago por Roma en la Primera Guerra Púnica, en el 241 a.C. Los cartagineses, frustrados en sus designios sobre Sicilia, volvieron su atención a España. La fuerza impulsora de esa política era la de Amílcar Barca. Amílcar inició su campaña desde Cádiz, pero pronto estableció un nuevo centro de operaciones en la «ciudadela blanca», quizá la actual Alicante. Tras la muerte violenta de Amílcar en el 229 a.C., ahogado después de haber sido derrotado a las afueras de Elice (probablemente la actual Elche), su lugar fue ocupado por Asdrúbal, yerno suyo. Asdrúbal continuó la política de expansión y fundó lo que sería la capital permanente de la España cartaginesa en Qart Hadasht, conocida normalmente por su nombre romano de Nueva Cartago, la actual Cartagena. No obstante, Asdrúbal intentó, al parecer, congraciarse también con la aristocracia local casándose con una mujer de la nobleza ibérica. Según Diodoro Sículo, fue aclamado como rey por las tribus ibéricas locales, pero su aparente popularidad no impidió que fuera asesinado por un esclavo íbero en el 221 a.C.

La naturaleza emprendedora de la política de los bárcidas en España, una estrategia llevada a cabo bastante al margen de la propia Cartago, fue lo que dio a conocer la región en Roma. De hecho, al principio, Roma pareció mostrarse indiferente hacia la actividad de Asdrúbal. Una misión enviada a la zona en el 231 a.C. regresó con la impresión de que las actividades de los bárcidas no constituían ninguna amenaza. Pero Marsella, aliada de Roma, de la que dependía para conseguir ayuda contra los celtas de las Galias, estaba más preocupada a causa de sus colonias catalanas. La presión ejercida

desde ese flanco fue, probablemente, lo que llevó a Roma a firmar en el 225 a.C. un tratado con Cartago que señalaba el río «Iber», casi con toda probabilidad el Ebro, como el *non plus ultra* de las armas cartaginesas en la Península.

Tras la muerte de Asdrúbal, el mando de las fuerzas cartaginesas en Iberia recayó en el hijo de Amílcar, Aníbal, casado también con una princesa nativa, Imilce, de Castulo. En el 218 a.C., Aníbal había avanzado atravesando la meseta hasta llegar a Salamanca y alcanzar, posiblemente, el valle del Ebro. Los cartagineses no se limitaban a conquistar, sino que establecían también colonias. Cartagena creció rápidamente hasta tener 30.000 habitantes, muchos de los cuales provenían de una nueva oleada de emigrantes de habla fenicia, los blastofenicios, llegados del norte de África tras los pasos de las conquistas de los bárcidas. Por desgracia no se han conservado huellas de la Cartagena bárcida, pero la Puerta de Sevilla, en la muralla de la ciudad de Carmona, en Andalucía, se remonta a ese periodo. A los bárcidas se debe también el desarrollo de la minería a gran escala en España. Diodoro Sículo ofrece un extenso relato de sus actividades. Se decía que una sola mina, la de Baebelo, proporcionaba a Aníbal 135 kilos de plata diarios. También se decía que el dominio cartaginés era duro (supuestamente, Amílcar habría torturado, cegado y luego crucificado a Indortes, un gobernante nativo). No obstante, dado que algunas ciudades ibéricas se mantuvieron leales a los bárcidas hasta la muerte y que nuestras fuentes clásicas no abordan este asunto con imparcialidad, debemos tener mucho cuidado en dar por supuesto que el gobierno púnico fue necesariamente peor que el que le seguiría.

A pesar del tratado de Asdrúbal, era imposible que la coexistencia pacífica entre Roma y Cartago pudiera durar. El *casus belli* de la Segunda Guerra Púnica sería la ciudad española de Sagunto. Tras una lucha entre facciones dentro de la ciudad, Aníbal intervino en apoyo de los partidarios de Cartago. La respuesta inmediata de Roma fue apelar a una antigua alianza con Sagunto y ordenar a Aníbal que no interviniera bajo amenaza de guerra. Si el «Iber» del tratado de Asdrúbal era el Ebro, como es probable, resulta que Sagunto se hallaba a unos 145 kilómetros al sur del río. Aníbal se vio en

una situación intolerable: se enfrentaba a tener que optar por la guerra contra Roma o sentar un precedente que permitiría a cualquier otra ciudad ibérica reivindicar una antigua alianza con Roma, viendo así cómo iba mermando progresivamente su poder en España. Y optó por la guerra.

Mientras Aníbal avanzaba atravesando Francia y los Alpes para hacer la guerra en Italia, España siguió siendo un campo de operaciones fundamental. En el 218 a.C., Cneo Cornelio Escipión desembarcó en Ampurias con una fuerza de dos legiones y 15.000 aliados, estableciendo en la Península una presencia de Roma que habría de durar más de seis siglos, y construyó rápidamente una base en Tarraco, la actual Tarragona, las murallas de cuya fortaleza, levantadas con el esfuerzo y las técnicas ibéricas, son visibles todavía. Publio, hermano de Escipión, no tardó en unírsele. Bajo su mando, la lucha entre las fuerzas romanas y cartaginesas pasó por fases de recrudescimiento y atenuación en toda la Península durante los primeros seis años de guerra llegando, posiblemente, hacia el sur hasta el valle del Guadalquivir. La población nativa aparece luchando en ambos bandos. La guerra se representa en nuestras fuentes clásicas como un choque entre dos superpotencias, pero debemos recordar que los íberos habrían visto las cosas, muy posiblemente, de diferente manera y que las acusaciones relativas al carácter traicionero de los hispanos están, sencillamente, fuera de lugar. El deseo de los íberos era la retirada de ambos bandos o, quizá, simplemente, poder implicar a aquellos ejércitos extranjeros en sus disputas locales.

La guerra peninsular dio un giro significativo tras la muerte de los dos Escipiones, en el 211 a.C., y el posterior nombramiento para el mando en Hispania de su joven y brillante pariente, Publio Cornelio Escipión, conocido históricamente como Escipión el Africano. En vez de hacer campaña en el interior de Iberia, Escipión lanzó un ataque con todos sus medios contra Cartagena. Tras su rápida captura, la resistencia púnica en España comenzó a desmoronarse, y para el 206 a.C. los cartagineses habían sido arrojados de la Península. Su poder en España había concluido, pero la cultura púnica siguió siendo una característica de la zona hasta el final de la ocupación romana, unos seiscientos años después.